

RIENZI.

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

—¡Venganza y Colonna! ¡El oso y los Orsini! ¡Caridad y Frangipani! (1) ¡La Culebra y los Savelli! Tales eran los gritos de guerra que se mezclaban con las guturales exclamaciones de los alemanes. ¡Bolsa llena y los tres reyes de Colonia! Los romanos, mas feroces que aguerridos, desaparecian por pelotones debajo de las espadas de sus contrarios; pero apenas espiraba un combatiente, cuando otros cien corrian á ocupar su puesto, y las voces ¡Roma! ¡El tribuno y el pueblo! ¡Santo Spirito, cavallieri! se repetian con el mismo ardor.

El intrépido Rienzi, espuesto mas que ningun romano á los golpes de sus adversarios por su diadema emblemática y su túnica imperial, colocábase el primero al frente de todos los movimientos y acometidas, resguardado por su enorme hacha, arma que los italianos manejaban con una destreza que se ha hecho célebre en la historia. Inspirado por el rencor y la venganza, hervíale la sangre, y todas sus pasiones se encontraban en convulsiva agitacion: combatia por la libertad como ciudadano, y como rey por su corona. ¿Qué mucho que su denuedo y su audacia admirasen á sus propios enemigos? Figurábaseles ciertamente que se las habian contra un frenético, y la conservacion de su vida les inspiraba la idea de que estaba protegido por un poder sobrenatural. Su blanca túnica resplandecia entre los suyos cuando estos se disponian á retirarse, y brillaba su hacha ensangrentada en medio de los rebeldes, que huian despavoridos. Notábase empero, que todos sus esfuerzos iban dirigidos contra los gefes de la conspiracion, pues siempre que detenía, harto de matar, la impetuosidad de su caballo, exclamaba con voz de trueno: «*Venga un Colonna! venga un Orsini!*»

Tres veces salió por las puertas de Roma, y otras tantas fueron rechazadas sus tropas: en la última quedó en tierra el sagrado gonfalon que iba delante de él. Al reparar en esta desgracia se angustió su corazón por primera vez, y alzando los ojos al cielo, dijo: ¡Dios mío! ¿Me habreis abandonado ya? Volvió á recobrar en seguida y como por encanto todo su valor, levantó su formidable hacha en alto, y condujo por cuarta vez al ataque á aquellas tropas indomables, aunque desordenadas.

El combate cesó al anochecer. Los barones mas notables del bando opuesto al tribuno, á quienes este atacó con mas furor, habian perecido: tres Colonnas yacian sobre el campo de batalla; Jourdan Orsini estaba mortalmente herido, y su hermano Reinaldo no había tomado parte en la refriega: tampoco existian ya los principales caballeros de la familia Frangipani, y el cobarde Savelli, su gefe, encomendó su salvacion á la fuga desde el primer encuentro. En el ejército popular fué asimismo espantoso el descalabro; el camino de Roma y los vecinos campos se veian cubiertos de cadáveres, pero los cantos de la victoria acompañaron á Rienzi, que volvia de perseguir á los vencidos. Recibiónle los ancianos y las mujeres con mil aclamaciones de júbilo cuando se presentó á la entrada de la bóveda, y apenas apareció en el espacio interior de la ciudad, todo el pueblo se agrupó en torno suyo; los niños le victoreaban, y los monjes le bendecian.

Rienzi detuvo las riendas de su caballo al pasar inmediato al cuerpo del joven Pedro Colonna que se hallaba medio cubierto entre algunos escombros: junto á él estaba tambien el cadáver de su padre, de aquel Juan Colonna, cuya lanza atravesó en otro tiempo al inocente hermano del tribuno. Fijáronse sus miradas en aquellos dos enemigos de su raza, y un sentimiento de compasion anubló su rostro y oprimió con fuerza su corazón. Angelo Villani, el joven paje, se le acercó entonces seguido de algunos hombres de la guardia de Nina, y le dijo señalando hácia los caballeros estendidos á sus pies.

—«Hijo mío; el cielo te ha concedido una gran merced, pues no tienes que vengar la muerte de ninguno de los tuyos. Creeme; la hora de la venganza llega tarde ó temprano, pero es una hora muy cruel.

Imprimieronse profundamente estas palabras en el tierno corazón de Angelo, y el tiempo las hizo proféticas para el hombre que las pronunció, y para el mancebo á quien iban dirigidas.

Antes de que Rienzi volviese en sí de los téticos pensamientos que en aquel instante le acosaban, y que le impedian escuchar los sollozos de las viudas y madres de los muertos, las exhortaciones de los monges, y los gemidos de los moribundos mezclados estrañamente con los gritos de triunfo y de alegría, agudos gritos rasonaron en el campo de batalla, y los grupos del pueblo

se precipitaron hácia la ciudad lanzando las alarmantes voces de: ¡El enemigo! ¡El enemigo!

—«A las armas! exclamó el tribuno: ¡á vuestros puestos!.... No; es imposible que se atrevan á provocarnos hoy por segunda vez.

Resonaron debajo de la bóveda los pasos de muchos caballos y las sonidos de un clarín: al mismo tiempo pasaron la puerta á toda brida como unos treinta ginetes.

—«¡A ellos! gritó Rienzi..... No; deteneos; su gefe está sin armas y he reconocido nuestra bandera. ¡Por la virgen santísima! Es el embajador de Roma en Nápoles; es el señor Adriano de Castello.

Cubierto de polvo, y sin aliento paróse Adriano no lejos del espeso charco de sangre que bañaba las armaduras de sus parientes, cuyos pálidos rostros contempló con angustia.

—«¡Ah! ¡Ya es tarde! ¡Dios mío! ¡Desventurada Roma! ¡Empieza á cumplirse tu fatal destino!....

—«Se han precipitado al hoyo que ellos mismos han abierto, le respondió el tribuno con voz firme, pero solemne. Noble Adriano: ya lo estas viendo; tu consejos han sido ineficaces para evitar esta calamidad.

—«Retrate de aquí, hombre orgulloso, replicó Adriano levantando el brazo como para rechazarle desde lejos; retírate. Debias proteger á los romanos y los sacrificas..... ¡Ah! ¡Queridos míos! ¡Juan!... ¿Pedro Colonna!... Ni tu nacimiento, ni tu edad, ni la fama de tus virtudes han bastado para salvarte.

—Perdonadle, amigos míos, dijo el tribuno á la multitud; respeto su dolor, y él no conoce el gran crimen que han cometido los suyos. Alejáos y dejadme solo con él.

Muy espuesta hubiera estado la vida del animoso embajador á no haber pronunciado Rienzi estas palabras. Pero él, sin cuidarse del descontento que ocasionaba, apcóse con lentitud y se acercó á los cadáveres de los Colonnas: imitó su accion el tribuno, y dejando su corcel al cuidado de un escudero, consiguió al fin separar á Adriano de aquel punto, á pesar de la repugnancia que le inspiraba.

—Querido amigo, le dijo con melancólico acento: mi corazón está hoy tan despedazado como el tuyo: mas tén cuidado; la rabia del pueblo no está aun bastante satisfecha. Te aconsejo que seas prudente.

—«¡Prudente!

—«Tranquilízate, Adriano. ¡Ah! Yo te juro por mi honor que esos que ves tendidos eran indignos de llevar el mismo apellido que tú. Dos veces perjuros, una asesinos, rebeldes siempre..... Oye sus delitos.

—«Tribuno, yo no te pido esplicaciones acerca de lo que veo; habrán perecido tal vez con justicia; acaso hayan sido sacrificados bárbara y traidoramente..... Nada quiero saber; pero te declaro que jamas celebraré paz ni tregua con el verdugo de mi familia.

—«¡Tú tambien perjuro como ellos! ¡Y tus juramentos! No; es imposible! Ven, ven conmigo: yo no he oido tus imprudentes palabras. Recobra, pues, el juicio: destierra de tu pecho esa pasion innoble que pretende penetrar en él, y si dentro de tres dias encuentras en mi conducta una falta que echarme en cara, como no sea una excesiva indulgencia, te devolveré tus juramentos y podrás sin viveza llamarte mi enemigo. La multitud nos observa; decidete, porque si pasa un minuto mas, tal vez no podré salvarte.

Imposible seria á la mejor cortada pluma describir con exactitud los sentimientos encontrados del joven patricio. Nunca había estrechado intimas relaciones con los individuos de su familia, limitándose su trato con ella á las regulares atenciones que indican una buena correspondencia: pero érale imposible olvidar en aquel instante los lazos de la sangre, y el orgullo de su nombre por otra parte acababa de cortar en flor la suerte de las armas todas las esperanzas de su linaje. Conoció, sin embargo, que no podia responder victoriosamente á las razones del tribuno, porque el sitio que ocupaban los cadáveres de los barones probaba demasiado que habian sucumbido en un ataque contra sus compatriotas: no simpatizaba con su causa, pero deploraba su destino, y no pudiendo vengarlos ni hacer estallar la cólera que le abrasaba, eran mayores su desesperacion y sus padecimientos. Guardó silencio por largo espacio, mas no apartaba sus ansiosas miradas de los inanimados cuerpos que le traspasaban el alma. Caian de sus ojos gruesas lágrimas, pero Adriano no las sentia, y llegaron á ser tan vivas su dolorosa actitud y la triste expresion de su fisonomía, que los espectadores, indignados al principio, no pudieron menos de conmoverse. Hizo al fin un esfuerzo sobre sí mismo el generoso joven, y volviéndose hácia Rienzi, díjole con voz débil:

—Tribuno; no te acuso, ni te absuelvo. Si has tenido alguna parte en estos sucesos lamentables, Dios es justo, y la sangre pide sangre: no te declararé la guerra, porque mis juramentos me lo prohiben, y si gobiernas bien, solo me acordaré de que he nacido romano. Contempla con todo, esa tierra empapada de sangre..... ya nunca nos veremos. Tu hermana..... acuérdate de que entre su amor y el mío, hay un abismo abierto.

(Continuará.)

(1) Los Frangipani habian adoptado este grito en memoria de uno de sus abuelos, que partió su pan con un mendigo cuando el hambre asolaba la Italia. Tal es la etimología del apellido Frangipani, hombre que divide ó corta el pan..



LOS AMORES DEL PETRARCA.

El 6 de abril de 1327, lunes santo, vió Petrarca á las seis de la mañana en una iglesia de Aviñon á la hija de Audiverto de Noves, y desde aquel momento principiaron unos amores que llenaron toda su vida. Laura se hallaba unida por los vínculos del matrimonio á Hugo de Sade, jóven patricio, originario de Aviñon; y fiel á sus deberes de esposa y de madre, prohibió á Petrarca alimentar hasta la menor esperanza. Continuamente perseguido por la memoria de esta mujer, visitó el poeta el medio-día de la Francia, París, Flandes, los Países Bajos, el Bosque de los Ardenes resueñan con sus amorosos versos: atravesó la Borgña, el Leonés, el Dellinado, y volvió á esconderse en Vaucluse, cuya fuente había visitado por la vez primera ocho meses antes, y cuyos alrededores y cuyas bellezas campestres dejaron en su alma una impresion que el tiempo no pudo nunca borrar.

Desde que vió á Laura buscaba motivos de distraccion, pero no podia conseguirlo: la idea fija que le atormentaba, no le permitia hallar reposo en ninguna parte, ni permanecer mucho tiempo en ningún parage. La inquietud interior que le agitaba, lo condujo á Roma, donde no pudo detenerle mucho tiempo la amistad de los Colonne, y se volvió á Aviñon, donde no quería habitar, y de cuya ciudad no podia tampoco alejarse por mucho tiempo. Entonces se encerró en su retiro de Vaucluse, sin amigos, sin criados, como si la soledad pudiese librarle de una pasion que se nutria con la soledad, y que se hacia mayor á medida que eran mayores los esfuerzos que hacia para destruirla. La casa de campo del obispo de Cabailon lindaba con la de Petrarca. Petrarca no pudo negarse á admitir los consuelos de aquel á quien llamaba pequeño obispo, y gran hombre. En breve contrajo estrecha amistad con el obispo, y el amante de Laura pareció que en el seno de la amistad y en el cultivo de las letras hallaba algun consuelo á su pasion.

Sus sonetos y sus *canzoni* habian llenado la Francia y la Italia de los nombres de Laura y de Petrarca. Se ocupaba en Vaucluse escribiendo en latin una historia de Roma, cuando el 23 de agosto, en el intervalo de algunas horas, recibió dos cartas, una del senado romano, que lo invitaba á que fuese á coronarse en el Capitolio, y otra del canciller de la universidad de París, que le ofrecia el mismo triunfo. Pero Petrarca no quiso deber sino al rey de Nápoles la corona que se le ofrecia. Se embarcó para aquella corte, y llevó al rey la epopeya que habia intitulado *Africa*. Al despedirse, se despojó el rey de su vestido, vistió con el á Petrarca, y le rogó que lo usase el dia de su coronacion. En fin el dia de Pascua, 8 de abril de 1341 subió Petrarca al Capitolio, rodeado de los principales ciudadanos de Roma, y precedido de doce jóvenes escogidos de entre las familias mas ilustres que iban declamando sus versos. Despues de una corta arenga, recibió la corona de manos del senador Orso, conde del Anguillara, y recitó un soneto acerca de los héroes de la antigua Roma, cuyo lugar parecia ocupar y cuyos triunfos renovaba. Conducido á la iglesia de S. Pedro con la misma comitiva y en medio de las aclamaciones de una multitud ávida de ver tan nueva solemnidad, depositó Petrarca sobre el altar los laureles que ceñian su frente, y volvió á tomar el camino de Aviñon por tierra, como para gozar mas lentamente de su fama. Llamado á Parma por aquel soberano residió algun tiempo en aquella ciudad. Nombrado despues por el Papa Clemente VI para una comision delicada que tenia por objeto hacer valer los derechos de la Santa Sede á la regencia de Nápoles, durante la minoría de Juana, nieta del rey Roberto, pasó á aquella corte, en la que fué recibido con admiracion, y de la que á poco, disgustado de las intrigas cortesanas, se marchó para ir á refugiarse á su querido asilo de Vaucluse. No habia pasado un año cuando lloraba la muerte de su querida Laura; Laura ya no existia. La peste de 1348, que Boccaccio ha descrito con tan terrible verdad, la arrebató el 6 de abril de aquel año el mismo dia, del mismo mes, y á la misma hora, en que su amante la habia visto por primera vez en una iglesia de Aviñon. La última mitad del *canzoniere* es un monumento inmortal de los largos padecimientos del Petrarca, pero cuando sus versos no nos revelasen toda la intensidad del dolor con que lloró á su amiga, nos lo acreditaría la nota que dejó escrita en un ejemplar de *Virgilio* que usaba, y cuya nota es una prueba de la especie de culto con que adoraba su memoria.

Se ha disputado en nuestros dias la autenticidad de esta nota, porque parece que se quiere echar por tierra toda la historia de Laura. Pero M. Whyte, sabio inglés, que ha descubierto en Florencia una vida inedita de Petrarca, escrita poco tiempo despues de su muerte por Luiz Peruzzi, que lo habia conocido, recusa tambien el testimonio de la misma nota; mas se halla escrita en un tono que debe desesperar á los incrédulos: no se miente con aquel lenguaje: el *Virgilio* del Petrarca ha estado por mucho tiempo en París.

Llamado despues por Luis Gonzaga, señor de Mantua, pasó á esta ciudad, para consolarse en la patria del mas sensible de todos los poetas. Despues de mucho tiempo, y enojado de los médicos que rodeaban al Papa, se restituyó á su casa de Vaucluse, de donde habia estado ausente cuatro años, donde lo esperaban sus libros, y á la que llamaba su Parnaso transalpino. En este paraje escribió su epístola á la *Posteridad*, en que dá cuenta de los principales sucesos de su vida hasta su salida de Italia á mediados del año 1354.

Francisco de Carrara, señor de Padua abandonado por sus auxiliares, se vió precisado á concluir una paz humillante con Venecia. Se vió obligado á enviar á su hijo á pedir perdon y jurar fidelidad á la república; y con este motivo rogó á Petrarca que le acompañase y que en su nombre llevase la palabra en presencia del senado. Petrarca, enfermo, septuagenario, cansado, y quiz turbado por la magestad de aquella asamblea, no pudo pronunciar su discurso pero al día siguiente lo verificó y fué en extremo aplaudido. Este discurso fué para él el canto del cisne. El 18 de julio de 1374, despues de haber vuelto á Arquá fué hallado muerto en su biblioteca con la cabeza inclinada sobre un libro que tenia abierto, un ataque de apoplejia le acometió en aquella aptitud. Toda Padua asistió á sus funerales.

El amante de Laura era hombre profundamente religioso, y se refiere que tenia por costumbre levantarse á media noche para hacer oracion. Habia estudiado á Platon; pero se equivocan los que creen que Petrarca habia comprendido el amor, como la union de las almas, que se califica con el nombre de amor platónico: nuestro poeta comprendió y expresó el amor como el cristianismo y el espíritu de caballería lo habian concebido. Cuando se leen los versos de Petrarca, se cree oír los acentos de su lira: cuando canta las perfecciones de Laura, su expresion produce un éxtasis suave: cuando llora la muerte de su amiga, sus cantos tienen algo de penetrante y solemne. Su musa prestaba su voz á las lecciones de la filosofía. A veces tomaba en sus manos el arpa hebraica, que resonaba con las maldiciones de los profetas, ó la lira romana que gemia por la humillacion y desgracias de la patria.

Entre sus composiciones preferia una intitulada: *Las tres hermanas*, y que los italianos han llamado: *Las tres gracias*. Se reduce esta composicion á tres odas, en que se celebran los ojos de Laura. En otra oda traza el poeta con caracteres de fuego la opresion de su cara Italia, y nos la presenta sangrienta y mutilada, pero llena todavía de gloria, y capaz de curarse de sus heridas. La mayor parte de sus composiciones, y en especial las campestres y las que dedicaba á su amante, fueron escritas

en su quinta de Vaucluse, y en sus paseos solitarios, y al rededor de la fuente las recitaba en acento dolorido, interrumpiendo su voz lastimera el silencio de aquellos parages.

TESORO

DE AUTORES ILUSTRES.

COLECCION

de las mejores novelas asi nacionales como extranjeras.

Cuando gusten pueden pasar los señores suscritores á recoger el tomo 3.º del JUDIO ERRANTE.

OBRAS PUBLICADAS.

EL PEREGRINO, escrito en francés por el vizconde D. Arlincourt, y traducido por D. Jaime Tió, un tomo de 416 páginas con lám para los suscritores 14 rs.

HISTORIA de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV (contiene hasta la batalla de Monjuich) escrita por don Francisco Manuel de Mele, y terminada por don Jaime Tió un tomo de 400 páginas lám. 14 rs.

ESPECION de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos, por don Francisco Moneada, conde de Osuna, con un prólogo y notas, por don Jaime Tió: de 260 pag. lám. 12 rs.

GUERRA de Granada, hecha por el rey don Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes, historia escrita por don Huctado de Mendoza, seguida de la vida de Lázaro de Tormes, sus fortunas y adversidades, por el mismo autor; un tomo de 270 páginas, laminas 12 rs.

SATANIEL. Novela histórica escrita en francés por Federico Soulié, y traducida por J. Tió, un tomo de 350 páginas lám. 14 rs.

OBRAS EN PROSA de Silvio Paticco. Mis prisiones. Memoria de autor, traducidas del original italiano por J. Llausas. Las precede una noticia biográfica crítica por A. de Latour, y las completan notas y aclaraciones históricas de Pedro Maroncelli.—Deberes del hombre, traducidos por M. Mala, un tomo de 325 pag. lám. 14.

LA ESTRELLA POLAR, segundo viaje del peregrino, por el vizconde de Arlincourt, traduccion de D. J. V. M. de G. Un tomo de 416 páginas; lám. 14 rs.

LELIA. Esperidion, por Jorge Sand, traducidas, la primera por D. J. Tió, y la segunda por D. J. de Luna. 2 tomos de 333 pag. el primero, y el segundo de 350: lám. cada uno 14 rs.

VIDA y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache, por Aleman; dos tomos de 300 páginas; lám.

cada uno catorce reales.

LA TORRE DE LONDRES, por W. Harison, traducida por Va le y Baza, 2 tomos de 300 páginas lám. cada uno 14 reales.

MASANIELLO ó los ocho dias de revolucion en Nápoles, por Defaucoupret. Traducida y adicionada por D. F. de P. Fors de Casamayr; un tomo de mas de 253 páginas, lám. 12 rs.

HISTORIA de la hermosa cordelera y de sus tres amantes.—El Mutilado, por Saintine. Traducida y adicionada con las biografías del Petrarca y de Laura por J. Tió. Un tomo de 300 páginas lám. 14 rs.

LOS TRES REINOS, tercer viaje del peregrino, por el vizconde D. Arlincourt, traduccion de don J. V. M. de G., un tomo de 382 páginas, 14 reales.

TEATRO de Alejandro Dumas. Primera serie contiene: Enrique III — Cristina de Suecia — Margarita de Borgña.—Catalina Howard. Traducción de J. Tió, un tomo de 480 páginas, laminas, 14 rs.

NOVELAS EJEMPLARES de Cervantes, dos tomos lám. cada uno 12 reales.

HISTORIA de los árabes y de los moros de España, por Luis Viardot, 14 reales.

LOS MISTERIOS de Paris por Eugenio Sue, cinco tomos á 14 rs. con laminas.

ARTURO, por Eugenio Sue, dos tomos de 300 páginas lám. Cada uno á 14 rs.

HISTORIA de la dominacion de los árabes en España, por el doctor don Jose Antonio Conde. Nueva edicion, 3 tomos de mas de 300 páginas lám. Cada uno 14 rs.

EL JUDIO ERRANTE, por Eugenio Sue. Van publicados tres tomos de mas de 300 páginas y se está imprimiendo el cuarto. Cada uno á 14 rs.

Continúa la suscripcion y venta de estas obras en la libreria de don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las siete de la noche: primera representacion de la muy eplaudida ópera en dos actos, titulada: LA SONAMBULA. Para mejor servicio de la escena se divide el primer acto en dos cuadros.

DEL PRINCIPE.

A las siete de la noche: la novela dramática original, en seis cuadros, titulada: LOS MISTERIOS DE MADRID. Se dará fin con baile nacional.

DEL CIRCO.

A las siete y media de la noche: IL NABUCO, ópera en cuatro actos.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, número 8.